



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
ESTÉTICAS  
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	<b>BEATRIZ DE LA FUENTE</b>
SERIE	007: ESCRITOS ACADÉMICOS
CAJA	020.19
EXP.	046036
DOC.	0010006
FOJAS	1-736-00
FECHA (S)	2003/4

Para revista "Arts & Cultures" del Museo Barbier-Mueller,  
Lawrence Mattet, director.  
enviada por correo electrónico el 10 de marzo de 2005

**LA CABEZA 8 DE SAN LORENZO:  
EJEMPLO DEL HUMANISMO OLMECA**

BF7C20E46D1F1

Beatriz de la Fuente  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS, UNAM

El ser humano ha inventado diversos modos de comunicación de ideas, sentimientos y experiencias vitales. El arte es uno de los más excelsos por cuanto traduce al lenguaje de las formas las preocupaciones fundamentales del hombre y las respuestas que les ha dado. Pero las respuestas son estéticas y producen emociones, gracias a la comunión e integración de formas significativas: líneas, colores, volúmenes, espacios, movimiento, estatismo, ritmo y expresividad. Dicho de otra manera, la obra de arte es un emisor constante de conceptos, ideas, emociones y sentimientos de un pueblo en un lapso determinado.

Como cualquier producto humano, la obra de arte es histórica. Sus mensajes son acordes a un lenguaje convencional y reconocido por el pueblo creador, de modo tal que cambia en la medida en que otros pueblos y civilizaciones dejan de compartir dicho lenguaje. Es por ello que, con base en la Historia del Arte, se buscan aproximaciones a los hechos artísticos significativos, a la comprensión de las formas y, de manera especial, al pensamiento de los hombres del pasado.

En esa búsqueda resulta innegable que los mensajes emitidos por la obra de arte revisten variada intensidad, según su propia expresividad. Así, una vasija del Período Geométrico y el conocido Arpista de alabastro de las Cícladas no comunican con igual fuerza la ideología del pueblo creador, aunque comuniquen sendas proezas técnicas. Algo similar ocurre con los olmecas.

Es en tales sentidos que puede hablarse del arte olmeca. Plasma un modo de vida, de creencias religiosas, de conductas sociales, políticas y económicas, que se expresan por medio de un código formal y significativo específicos, único entre el mosaico de las culturas del mundo. Las formas del arte olmeca dan, pues, cabal presencia a diversos asuntos de primordial relevancia, que son –además– significativos: quién y qué se representó, apegado a los cánones de una definida y sólida voluntad creadora.

Esta voluntad acudió, ante todo, al volumen tridimensional, a formas rotundas que se afincan en el espacio, inquietantes a la vez que serenas. El volumen cerrado origina un ritmo propio a la forma compacta de la masa, que cobra apariencia de pesantez y rechaza, por contraposición, la ligereza.

Para lograrlo, el artista olmeca hizo predominar las figuras geométricas básicas: triángulos, cuadrángulos y círculos que definen los planos y se multiplican en las tres dimensiones, tanto por sí mismos como al combinarse armoniosamente unos con otros. Como ejemplo distinguido cabe recordar al Príncipe de Cruz del Milagro: a partir de una base cuadrangular se eleva un prisma triangular o piramidal que está rematado por una esfera que tiende a la cubicidad (o un cubo que se resuelve hacia la esfericidad). Ese mismo predominio llevó, aunado al sabio conocimiento de los rasgos naturales de los objetos y seres representados –en particular en el caso del cuerpo humano–, a reducir la anatomía a sus formas elementales, con lo cual se reforzó la sensación de poderosa energía concentrada y pronta a la acción.

La geometría y las matemáticas también se perciben, aun inconscientemente, en las relaciones armónicas de las partes entre sí y con el todo. Fueron los dos recursos intelectuales que aquel pueblo extraordinario utilizó para dejar constancia de sus afanes y logros, de sus pesquisas y

respuestas. Y a la vez integran un estilo artístico seguro de sí, monumental más allá de las dimensiones, conceptual, sin la voluntad de plasmar asuntos narrativos o escénicos.

Por eso se ha repetido en varias ocasiones que el arte olmeca se apega a la Tierra y no se atreve a rondar los ámbitos etéreos de los dioses.

De todo lo dicho aquí las Cabezas Colosales dan cuenta cabal. Conjunto único e impresionante del arte universal, a la fecha suman 17, cuya mayoría procede de San Lorenzo Tenochtitlán. Sin duda nos enfrentan a un sentido vital de los antiguos olmecas, acaso de importancia metafísica subyacente en la esencia misma de sus creencias. Hablan de los opuestos complementarios: lo particular y lo universal, lo profano y lo sagrado, lo material y lo espiritual. Comunican el reconocimiento del ser humano en cuanto tal, de suerte que los hombres de todos los tiempos y lugares puedan mirarse y reconocerse en ellas.

Hay un principio rector que alienta a todas las Cabezas. Me refiero a la búsqueda por parte de los talladores para inscribirlas dentro de la armonía y proporción de las formas naturales. Esto implica lograr un ideal en la forma y el concepto, que aspiran a la suma perfección. Tampoco es gratuito que se apeguen a una figura cúbica de aristas aniquiladas en favor de la redondez, por ende con profunda tendencia a la sensualidad, gracias al juego sabio de abultamientos y concavidades del relieve facial, y de las luces y sombras que éstos generan.

Las Cabezas Colosales expresan, de igual manera, individuos, acaso gobernantes, sin que a ello se opongan de modo contundente los elementos comunes que las unifican. No sólo se aprecia en los rasgos físicos personalizados, sino también en actitudes morales y espirituales, en diversos estados de ánimo donde se pueden reconocer gestos elocuentes: de adustez

(Cabezas 4 y 6 de San Lorenzo), altivez (Cabezas 1, 5 y 10 de San Lorenzo), sonrisa (Cabezas 3, 9 y 10 de San Lorenzo; 2 y 4 de La Venta), dignidad y orgullo (Cabezas 1 de La Venta, 2 de Tres Zapotes). Otros datos que corroboran la individualidad referida son los tocados y las orejeras, que en todas varían.

Es así que en ellas se percibe el profundo sentido humanista y antropocéntrico al que me he referido en numerosas ocasiones (1975, 1978, 1984 y 1994). Pero a la vez, la Cabezas sugieren el deseo de permanencia, de sobrevivencia intemporal. Al buscar y obtener la justa armonía de los rasgos faciales, los olmecas concretaron su credo acerca del orden cósmico, orden que se aplica por igual a los fenómenos naturales, celestes y terrenales, que a los hechos del hombre. En las Cabezas se congregan, pues, los símbolos del poder divino y mundano.

De acuerdo con sus patrones geométricos y matemáticos, es decir la inserción en rectángulos áureos, las Cabezas pueden reunirse en dos grupos. Uno toca al rectángulo completo, otro donde cuatro rectángulos armónicos se traslapan. La Cabeza 8 se sitúa en el segundo de ellos (este modelo, al parecer, es propio de San Lorenzo). Es la más perfecta; destaca su clara simetría bilateral, mientras que el entrecejo, los iris y la nariz marcan sendos puntos nodales que definen la profunda concentración del personaje. El tocado marca una tensión que equilibra al rostro. La armonía de las proporciones revela, entonces, la presencia de un patrón matemático que explica la impresión de justo equilibrio, de armonía de las partes y de belleza exacta de los ritmos.

La Cabeza 8 de San Lorenzo, hecha en piedra volcánica extraída de la región de Los Tuxtlas –como todas–, es una de las más grandes y mejor conservadas. La purísima y precisa calidad del tallado y el orden absoluto de la proporción armónica contrastan con el material pétreo y su hipotético color rojo

—si acaso estuvo pintada, como se deduce de alguna evidencia en la Cabeza 4 de San Lorenzo—.

Es la que mejor muestra el aspecto de bloque casi cúbico, en el que las facciones adquieren poco realce. El tallador fue un maestro: lo evidencia la aniquilación de las aristas en favor de curvas que acentúan el carácter tridimensional, así como el juego de relieves y hundimientos que conforman el rostro. Es tal la plenitud de los rasgos faciales que se reproduce de manera fiel la carnosa blandura de un hombre que oscila entre la juventud y la madurez; además, los volúmenes la dotan de sobria gravedad no exenta de athleticidad. El escultor supo imprimir vida a la piedra. Es así que la fisonomía de la Cabeza 8 me habla de un hombre de carácter firme, sabedor de su noble poder señorial y que ejerció el control sobre sí mismo.

El tocado que porta consta de dos bandas y un casquete, de las que la inferior lleva seis diseños conocidos como "ala de golondrina". Las orejeras cuelgan a manera de ganchos que se curvan hacia la nuca.

Por todo ello, la Cabeza 8 cobra primacía en el conjunto de las Cabezas Colosales.

Todo el despliegue de energía invertido en la factura de las Cabezas Colosales sólo pudo haberse aplicado a una finalidad excepcional: hacer algo destinado a durar, acaso eternamente, preservando imágenes que encierran fundamental significación. El artista olmeca se preocupó por plasmar en una misma obra tanto el sentido de inmanencia como el de trascendencia: los gobernantes sacralizados.

De igual manera, buscó concretar tanto la función del retrato, sus peculiaridades como tipo humano y los signos de autoridad, como los rasgos somáticos o psíquicos. Tan es así que ésta —la 8— como la 5 de San Lorenzo son

las que guardan mayor semejanza formal. Sugieren haber sido producto del mismo taller o del mismo escultor, o bien se trata de miembros de una misma familia dinástica.

De hecho, en San Lorenzo el énfasis en los retratos de los personajes destaca como rasgo de una sociedad en la cual el gobierno de las familias dinásticas cobró gran importancia. Mediante la realización de las Cabezas Colosales, las elites olmecas legitimaron y reforzaron su poder terrenal. Una vez muertos los gobernantes, fueron sacralizados en tanto mediadores con las esferas divinas, y los herederos acaso reforzaron su derecho, sagrado y de hondo prestigio, a gobernar.

En breve, las Cabezas Colosales concretan el asiento de la naturaleza divina del ser humano y plasman tanto su mortalidad como lo que tiene de eterno. Por ello no fueron destruidas: eran objetos sagrados y vivos. Sólo un pueblo conocedor de los más altos valores pudo tener esa capacidad de expresar un humanismo fundamental que, a más de tres mil años de distancia, sigue enviando mensajes plenos de inquietante sabiduría y conocimiento de lo que es ser humano.

## Obras consultadas

CLARK, John E., coord.,

1994 *Los olmecas en Mesoamérica*, México, Citibank-El Equilibrista-Turner Libros.

COE, Michael D.,

1965 "The Olmec style and its distribution", en: WAUCHOPE, Robert, ed. gral., *Handbook of Middle American Indians*, Austin, University of Texas Press: vol. 3, p. 739-775.

DE LA FUENTE, Beatriz,

1975 *Las cabezas colosales olmecas*, México, Fondo de Cultura Económica (Testimonios del Fondo, 34).

1978 *Los hombres de piedra. Escultura olmeca*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, U.N.A.M.

1984 *Los hombres de piedra. Escultura olmeca*, 2ª edición, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, U.N.A.M.

1994 "Arte monumental olmeca", en: CLARK, John E., coord., *Los olmecas en Mesoamérica*, México, Citibank-El Equilibrista-Turner Libros.